

FE DE ERRATAS.



Página.	Columna.	Línea.	Dice.	Léase.
1. ^a	1. ^a	34	pantominas	pantaminias.
8	2	2	jubilatio.	jubilatio.
8	2	29	están.	estaban.
9	1	46	será.	era.
9	2	16	forzudas.	forzudos.
9	2	42	enjuguisela.	enjuagarla.
10	1	43	instrumento.	ridículo.
10	1	44	Amalfc.	Amalfi.
10	1	44	Sorreno.	Sorrento.
10	2	14	murmuraban.	miraban.
10	2	35	es.	es su.
11	1	42	ecsactas.	esactas.
11	2	12	pulmonos.	pulmones.
12	1	21	Romos.	Romeo.
12	2	19	su adoracion.	sus adoradores.
12	2	40	i la grandeza.	i las grandezas.
12	2	46	enajenamiento.	encojimiento.
13	1	26	esta	esta es la
13	2	5	suspenderemos.	dispensarernos.
13	2	45	lo mismo.	vos mismo.
14	2	11	El	al
14	2	11	óblido.	obligado.
14	2	47	lino.	si no.
14	"	49	temia.	tenia.
15	1	12	á	de
"	"	18	Bonasur.	Bonaroux.
"	"	44	Bartians	Bostiano.
16	"	11	Braciano.	Bastiano.
17	"	20	porcion.	pocion.
"	2	6	se	le.
18	"	49	plaza.	playa.
19	"	46	bello.	brillo.
20	1	26	esprimear.	esperimentar.
"	2	15	Bonasur.	Bonaroux.
21	1	6	de.	del.
"	"	30	habria cabido.	habia sabido.
"	2	22	era.	esa.
22	1	32	nicertidumbre.	incertidumbre.
23	1	22	dorimon.	dormia.
"	2	3	golpe.	golfo.
"	2	23	brillante	brillante.
"	2	31	dado.	dudo.
22	1	12	Saeta.	Santa.
"	2	47	fuerza.	pieza.
25	1	44	habia.	haber.

Página.	Columna.	Línea.	Dice:	Léase.
27	2	14	debiera.....	deberá.
27	1	21	Millat.....	Millot.
27	2	24	cuarta.....	cierta.
28	2	41	vacios.....	vicios.
28	1	2	somos.....	son.
28	1	7	cuitado.....	irritado.
29	2	47	gran brazada.....	granizada.
29	1	5	Tinot.....	Finot.
29	2	8	Cármén.....	Cormon.
31	1	2	Faniculo.....	Janículo.
31	2	37	piedad.....	ciudad.
31	2	2	ciudad.....	decirlo así.
32	2	15	habitudas.....	habituados.
32	2	31	decirlo.....	piedad.
32	1	2	proteccion.....	resignacion.
32	2	25	á.....	el.
33	2	41	y de.....	i á.
33	1	24	do.....	de.
34	2	35	creencia.....	ciencia.
34	1	5	pues.....	pero.
35	1	32	cualesquiera.....	cualesquieras.
35	2	15	hubieren.....	hubiesen.
35	2	39	ponendo.....	poniendo.
36	1	18	podia.....	podrá.
36	2	35	instontis.....	instintos.
36	2	34	verlo.....	crearlo.
37	2	50	en.....	á.
37	1	29	corbinas.....	cortinas.
37	2	39	numidos.....	numidas.
37	2	11	habrias.....	habíase.
37	2	16	los.....	sus.
37	2	29	y con.....	y un.
37	2	32	olientes.....	elientes.
37	2	12	la diligencia cautividad.	diligencia i actividad.
37	2	1	tesorrillo.....	tesorillo.
37	2	39	resistir.....	recitar.
37	2	20	arcadas.....	druidas.
37	2	47	habian.....	habrian.
37	2	43	numidos.....	numidas.
41	1	20	despues.....	desde que.
42	2	44	jermanes.....	germanos.
43	2	8	lé.....	la.
44	2	9	lé.....	la.
44	1	5	la.....	la suma.
45	2	51	á veces.....	á veces dá.
45	2	28	Menzú.....	Menrú.
45	1	11	funda.....	fecunda.
49	1	24	caerá.....	caerán.
49	2	33	pere.....	pero.
47	1	41	creencie.....	creencia.

Página.	Columna.	Línea.	Dice.	Léase.
50	2	19	da.....	dé.
51	1	1	en.....	un.
333	3	49	Mulze.....	Mulzen.
333	2	16	volvérsele.....	Volvérselas.
53	3	1	buhaneros.....	buhoneros.
333	3	43	Roisserverg.....	Kaiserverg.
54	2	40	hois.....	y
333	3	41	disposicionel.....	disposiciones.
56	1	35	tencer.....	tener.
333	2	8	Naá.....	Nada.
57	1	13	eetrayan.....	entrayaban.

ADVERTENCIA.

La persona encargada de corregir esta obra, no lo hizo como debiera; y nos hemos visto precisados à hacer una fé de erratas que es de absoluta necesidad. Suplicamos de nuevo à los lectores tengan la bondad de dispensar los errores que encuentren, en consideracion à que no han dependido de nosotros, sino del descuido del corrector.

INTRODUCCION.

Si el conocimiento de la literatura nacional ofrece tan grandes dificultades, de manera que son muy pocos los que acertadamente pueden juzgar de ella i apreciar sus ricos tesoros; ¿cuánta dificultad no presentará el estudio de las extranjeras? mil obstáculos se elevan para frustrar los esfuerzos del hombre en esta parte; de un lado la diversidad de construccion de un idioma extraño, sus particulares idiotismos, las metáforas que emplean sus autores, el jenio particular de él: de otro, los usos, costumbres, tradiciones, i en fin, el diferente modo de sentir i de juzgar de las otras sociedades, son como otras tantas insuperables barreras que se oponen para hacer inteligibles las versiones que pintan las entrañas escenas de otros pueblos.

No faltan, es verdad, entre nosotros temas nacionales, que pudieran ser objeto de bellas é interesantes composiciones, sin necesidad de ir á mendigar las del extranjero; la época de nuestra independencia i la de nuestra larga esclavitud colonial los ofrecen á millares; pero no á todos los hombres los ha dotado la naturaleza con los preciosos dones de la inspiracion i del jenio, para que puedan seguir el vuelo sublime de un W-Scott, de un Sue, de un Dumas ó de un Vargas Tejada entre nosotros: por otra parte, no parece todavía llegado el momento en que el fecundo jenio granadino, retenido en las ataduras de la política, ó consagrado á las especulaciones, como primeras necesidades de un país naciente, eleve su vuelo á las encantadas rejiones del romanticismo i de la ficcion; pero llegará un dia en que sacudiendo el espíritu de positivismo que nos agobia tal vez logremos descorrer el denso velo que nos oculta, casi tres siglos de misteriosa existencia colonial. ¡Cuántos episodios patéticos, sublimes ó dolorosos veremos entónces! Un manantial inagotable de poesía se descubrirá que hoy se pierde en aquella dilatada época ocupada solo por las atroces crueldades de los sátrapas godos i por la humilde resignacion de sus víctimas: interroguemos al tiempo pasado i el imperio de la poesía sucederá al de la política: el prosaismo dejará de cubrirnos con sus férreas alas i entónces descubriremos lo que la insaciable codicia i el despiadado celo de nuestros tiranos se afanaron tanto por ocultar.

Pero miéntas llegan aquellos dias de triunfo para la intelijencia en nuestro país forzados nos veremos á copear las leyendas del antiguo mundo.

Esto es lo que yo hago ahora, ofreciendo á mis compatriotas traducciones llenas tal vez de considerables defectos: pero yo confio en la induljencia de los granadinos, á quienes considero mas bien como amigos bondadosos, que como jueces inflexibles: ante ellos me servirán de excusa mis pocos años, mis escasas luces, i sobre todo la ninguna vanidad, que me ha impelido á dar mis ensayos á la luz pública. Casi todas las novelas que me he propuesto traducir contienen una moral escelente amenizada por la narracion. Afortunado me creeré si ellas pueden distraer los ratos de ocio de mis compatriotas; i sobre todo del bello sexo á quien son dedicadas. Mi obra ciertamente no podrá sostener una crítica severa; pero al ménos servirá de estímulo para que el jenio granadino se eleve al templo de la inmortalidad con producciones dignas de ella. quedándome la satisfaccion de haber sido uno de los primeros, que han tratado de vencer las dificultades, i que las ideas que me han impelido son nobles i patrióticas.

AL BELLO SEXO DE LA NUEVA GRANADA.

A vosotras nobles i virtuosas madres de familia, i á vuestras piadosas i bellas hijas, son dedicados estos ensayos literarios de mi débil intelijencia; porque ¿á quiénes mejor pudiera ofrecer este homenaje que á las madres, esposas ó hijas de los héroes de nuestra independencía? i ¿quiénes mas dignas de la adoracion i respeto de los granadinos, que las heroicas i magnánimas matronas, que han atravesado la luctuosa década de nuestra guerra de emancipacion, i las tormentosas épocas de nuestras contiendas civiles, mostrándose siempre el emblema i dechado de patriotismo, abnegacion i nobles virtudes, que hoy las hacen el mas bello ornato de nuestra sociedad, así como los hechizos de sus encantadoras hijas son su mas precioso tesoro, i el mejor título con que nuestra nacion aspira á ser la primera del nuevo mundo?

Dignaos aceptar este rendido tributo de mi adoracion i respeto ácia vosotras, si lo juzgais digno de vuestro aprecio; que yo me creeré feliz si puedo hacer que las escenas que he tratado de reproducir; las apacibles descripciones, los cuadros risueños ó májicos, las tétricas ó sublimes conclusiones, hagan asomar una lágrima á vuestros ojos ó una sonrisa á los labios de coral de vuestras hijas. Mil veces dichoso si no he cojido en vano estas fragantes flores en extranjeros jardines, para ofrecerlas como un humilde obsequio, i si he logrado que no hayan perdido del todo su perfume; en fin si vuestra aprobacion protege mi obra. Esta será la mas preciosa recompensa de mis esfuerzos, el mas bello triunfo de mi vida, i en fin el mas durable título á mi reconocimiento.

Bogotá, 28 de Octubre de 1848.

Pedro D. Neira Acevedo.

NISIDA 1825,

Si nuestros lectores atraídos por la curiosidad que inspira el proverbio italiano, de conocer á Nápoles ántes de morir nos preguntasen cuál es el momento mas favorable para visitar la ciudad encantada, les aconsejariamos, que abordasen á Mergellina en un bello dia de verano, i á la hora en que alguna procesion solemne sale de la Catedral. Nada puede dar una idea aproximativa de la emocion profunda i sencilla de este buen pueblo, que tiene bastante poesia en el alma para creer en su felicidad. La ciudad entera se adorna i embellece como una novia para el dia de sus bodas; las sombrías fachadas de mármol i de granito desaparecen bajo cortinas de seda i festones de flores; los ricos ostentan su lujo brillante, i los pobres se cubren orgullosamente con sus harapos; todo es luz, armonía i perfumes; por todas partes resuenan mil gritos de fiesta imposibles de describir; las campanas repiten sus vibraciones sonoras, la música de los rejimientos hace resonar á lo léjos las soberbias arcadas con sus marchas triunfantes; se forman grupos, se cuestiona, se jesticula; por todas partes se ven miradas brillantes, elocuentes pantominas, reuniones pintorescas: es un encadenamiento jeneral, un encanto desconocido, una embriaguez indefinible. La tierra está bien cerca del cielo, i se comprende fácilmente, que si la muerte no descargase sus golpes en este lugar de delicias, los napolitanos no desearian otro paraíso.

La historia que vamos á referir comienza con uno de esos cuadros májicos. Era el dia de la Asuncion del año de 1825. La larga calle de Forcella alumbrada de un extremo á otro por los rayos oblicuos del sol, cortaba la ciudad en dos partes, el piso recientemente lavado

tenia todo el brillo de un mosaico, la tropa del rei ricamente vestidas ocupaban las aceras de las calles formando una doble hilera. Los balcones, las ventanas, los terrados, las tribunas de balaustradas, las galerías de madera improvisadas durante la noche, i llenas de espectadores, representaban exactamente los palcos de un teatro. Una inmensa multitud adornada con los mas vivos colores invadia el espacio reservado, i depasaba los diques militares, como un torrente que desborda. Los intrépidos curiosos, fijos en su lugar habrian aguardado la mitad de su vida sin dar el menor signo de impaciencia; enfin ácia el medio dia el cañon resonó, i fué seguido por un grito de alegría universal. Era la señal de que la procesion salia de la iglesia. Al mismo instante una compaña de carabineros, hizo despejar la calle, i los rejimientos de línea cubrieron las bocacalles rechazando á la multitud; bien pronto nada se vió en el lugar por donde debia pasar la procesion. El cortejo desembocó por la calle de Vescovato, marchando adelante las cofradías de mercaderes i de obreros, en seguida desfilaron las comunidades religiosas desde los dominicanos hasta los carmelitas i capuchinos, Caminaban lentamente con los ojos bajos, el paso austero, las manos sobre el corazon, se veian entre ellos faces rubicundas é iluminadas, otros de carrillos abultados i de barbas redondas; cabezas hercúleas plantadas sobre pescuezos de toro i aun se notaban algunos de carrillos flacos i lívidos debilitados por el sufrimiento i la espiacion, fantasmas vivas: en una palabra, los dos lados de la vida monástica. Ya hacia algun tiempo que la procesion marchaba, cuando una voz estentórea resonó entre la multitud de los espectadores.

—Por la sangre de mi patrono, silencio; porque si yo te atrapo entre mis dos dedos te romperé la figura para el resto de tus dias.

—A quién Jenaro?—A este maldito corcovado que hace una hora me está trabajando las espaldas, como si pudiese ver al través de mi cuerpo.

—Es una infamia respondió el corcovado con una voz humilde: yo estoy aquí desde ayer tarde i he dormido á la fresca por conservar mi puesto, ahora este abominable gigante viene á plantarse delante de mí como un obelisco.—El corcovado mentía como un judío; pero la multitud se pronunció en contra del obelisco. Era una superioridad y las mayorías se componen siempre de pigmeos.

—Descended de vuestra base! Bajad de vuestro pedestal! Abajo el sombrero; abajo la cabeza! esta efervescencia de curiosidad se eshalaba solamente por medio de invectivas. En fin, los capitulos, los curas, los obispos, los pajes, los chambelanes, los gentiles hombres de la cámara del rei, i en fin el rei mismo seguian con la cabeza descubierta, i un cirio en la mano la magnífica estatua de la Virgen. El contraste que presentaban era sumamente curioso; iban unos tras otros los monjes canudos i los pálidos novicios; jóvenes i brillantes capitanes desafiando al cielo con la punta de sus bigotes, animando sus celos con miradas terribles, seguian distraidos la procesion é interrumpiendo los santos cánticos con palabras de una conversacion mui poco ortodoxa.

—Habeis notado, mi caro Doria con qué gracia lleva su traje la marquesa de Aguas purta?

—Es encantadora, amigo mio, pero ¿quién es el galan que marcha á su lado?

—Es un individuo á quien tú conoces, quien ayuda al viejo marqués á llevar su cruz. Pero yo no he visto su nombre en el libro de oro. Aquí la profana alusion del oficial se perdió en un largo rumor de admiracion, que se oyó repentinamente entre la multitud, i todas las miradas se fijaron en una de las jóvenes que regaban flores, delante de la

Santa Virgen. Era una criatura encantadora, la cabeza inundada de luz, los piés ocultos entre la multitud de rosas que cubrian el suelo, se destacaba grande i bella sobre una parda nube de incienso, como una aparicion seráfica. Sus cabellos tan negros como el ébano caian en mil rizos cubriendo sus hombros i espalda; su frente, tan blanca como el alabastro i tan tersa como un espejo reverberaba el brillo del sol; sus bellas cejas negras, noblemente arqueadas iban á confundirse en el óvalo de sus sienes, sus pestañas velaban su mirada humeda i brillante dotada de una emocion divina, la nariz recta i delgada daba á su fisonomía ese carácter de belleza antigua, que poco á poco desaparece de la tierra, una sonrisa calmada i serena, una de esas incabables sonrisas que han partido del alma i aun no han llegado á los lábios, movia de rato en rato los extremos de su boca con una expresion de beatitud é infinita dulzura. Pero nada era tan perfecto como la barba que terminaba el óvalo intachable de esta anjelica figura; su cuello de un blanco mate se unía á su pecho por una curva deliciosa, llevando la cabeza con gracia como el tallo de una tierna flor balanceada por la tijaera brisa de la tarde. Un corsé de terciopelo carmesí bordado de oro dibujaba su talle fino i delgado, una ancha capa de raso morado la cubria descendiendo hasta sus pies: jamas se habia visto una tan rara i modesta beldad. Entre los que la miraban con mas atencion estaba el jóven príncipe de Brancalione; uno de los principales señores del reino: bello, rico i valiente. Las jóvenes á la moda decian horrores de él, pero lo adoraban en secreto, las mas virtuosas se limitaban á huírle, pues la resistencia les parecia imposible, los jóvenes calaveras lo habian elejido unánimemente por modelo, sus triunfos impedian dormir á mas de cuatro, i en una palabra, para dar una idea de este feliz personaje, será suficiente decir que en materia de seducion, era todo lo que el diablo habia

podido inventar mas perfecto en este siglo de progresos. Inmediatamente que la procesion siguió su marcha, Eliji de Brancaleone dirigió uua mirada por encima del hombro de un hombre de pequeña estatura, que marchaba casi á un lado llevando en la mano derecha el sombrero de su Escelencia con toda la solemnidad de que era capaz. Era este un paje cubierto de galones i bordados en casi todas las costuras de su vestido. Aquí pedimos permiso al lector para hacer en pocas palabras su biografía.

Trespolo era hijo de padres pobres, pero ladrones, lo que fué causa de que quedase mui pronto en la horfandad. Dueño de sus acciones, estudió la vida bajo un punto de vista eminentemente social. Si es forzoso creer á un cierto sabio de la antigüedad, todos estamos en este mundo para resolver un problema; pero él queria vivir sin hacer nada, i este era su problema. Habia sido sacristan i dependiente de boticario; mas al fin se disgustó de todos estos oficios; mendigar era á su parecer un gran trabajo, i era necesario mucho mas para ser ladrón, que para ser hombre honrado. Sumado todo al fin se decidió por la filosofía contemplativa, i gozaba el mas grande placer del mundo en mirar las estrellas. Desgraciadamente, de meditacion en meditacion llegó un día en que el buen diablo creyó morir de hambre, lo que hubiera sido gran desgracia; pero como estaba naturalmente predestinado á hacer un pequeño papel en nuestra historia, Dios lo perdonó por esta vez, i envió á su socorro, no uno de sus ángeles; pues el vagabundo no era digno de ello, pero si un perro del príncipe de Brancalconc. El noble animal olió al filósofo dando un ahullido caritativo, que hubiera hecho honor á sus hermanos del monte San Bernardo. El príncipe, que volvía triunfante de su cacería, i que en aquel día, por su doble fortuna habia matado un oso i perdido una condesa, tuvo el singular deseo de hacer una buena obra. Se acercó al filósofo inmediato á pasar al estado de cadáver,

lo empujó con el pié i viendo que la cosa valia la pena, pues daba todavía algunas esperanzas, dió órden para que lo condujesen á su palacio. Desde aquel día Trespolo vió realizarse poco mas ó ménos el sueño de su vida entera. Un poco mas que lacayo, algo ménos que mayordomo, vino por fin á ser el confidente de su señor, quien sacó un gran partido de sus talentos; porque Trespolo era fino como un demonio i casi tan astuto como una mujer. El príncipe, que como hombre superior, habia comprendido que el jenio es perczoso por naturaleza no le pedia sino sus consejos; en cuanto á dar los golpes peligrosos, los daba él solo, i ciertamente valia por dos en cualquiera empresa: sin embargo, como nada en la tierra es perfecto, Trespolo tenia estraños momentos, en medio de su vida de delicias, pánicos terrores venian de cuando en cuando á alterar su felicidad: murmuraba medias palabras, sofocaba los sollosos mas violentos i perdia de repente el apetito. En el fondo el buen hombre tenia temor de condenarse. La cosa era bien sencilla: primero temia todo; en seguida, se le habia predicado varias veces, que el diablo no dejaba un instante de reposo á los que tenían la torpeza de cuerle entre las uñas. Trespolo estaba en uno de aquellos momentos de arrepentimiento, cuando el príncipe despues de haber contemplado á la jóven con la avidez feroz del halcón, pronto á lanzarse sobre su presa, se volvió ácia su consejero íntimo con objeto de dirjirle la palabra. El infeliz comprendió la abominable intencion de su amo, y no queriendo, sin duda, hacerse cómplice de una conversacion sacrílega, abrió desmesuradamente los ojos i la boca, dirijiendo ácia el cielo sus miradas estáticas. El príncipe tosió, golpeó el suelo con el pié moviendo su espada de manera que tocase las piernas del camarero, sin poder obtener la menor muestra de atencion: de tal manera se finjia absorto en sus pensamientos celestes. Brancalconc tuvo deseos de apretarle el guznote; pero llevaba en

la mano un rico baston i el rei estaba presente; en fin se acercaban á la iglesia de Santa Clara, real panteon de los monarcas napolitanos, á donde muchas princesas de la sangre, trocando su corona por un velo han ido á sepultarse vivas. Las religiosas, las novicias y la abadesa ocultas detras de las celocias echaban flores sobre la procesion. Una corona de rosas cayó á los piés del príncipe de Brancalcone.—Trespolo alzada esa corona, dijo el príncipe en voz alta para que su criado no tuviese escusa.

—Es de la hermana Teresa, añadió en voz baja: la fidelidad se encuentra solamente en los conventos. Trespolo alzó la corona i se acercó á su señor con aire azorado.

—Quien es esa jóven? le preguntó en voz baja.

—Cuál? preguntó el criado.

—Pardiez! la que marcha delante de nosotros?

—No la conozco monseñor.

—Tendrás noticias de ella ántes de esta noche?

—Es que sería necesario ir un poco léjos.

—Entónces tú la conoces infame. Tengo deseos de hacerte ahorcar como á un perro.

—Por piedad, monseñor, pensad en la salud de vuestra alma, en la vida eterna.

—Yo te aconsejo que pienses en tu vida temporal. Cómo se llama?

—Se llama Nísida, i es la mas bella jóven de la isla que le ha dado su nombre. Es la inocencia misma! Su padre no es sino un pobre pescador; pero puedo asegurar á V. E., que en su isla es respetado como un rei.

—Ciertamente! respondió sonriendo con ironía Brancalcone. Te confieso con gran vergüenza, que no he visitado jamas la pequeña isla de Nísida. Tú me tendrás pronta una barca para mañana precisamente i en seguida veremos.... Aquí se interrumpió de repente porque el rei lo miraba, i buscando las notas mas sonoras de bajo tenor que pudo encontrar en su breviario conti-

nuó con aire inspirado: *Génitori genitoye laus et jubilatio!*

—Amen, respondió el criado con voz compunjada.

Nísida la hija amada de Salomon el pescador, era como lo hemos dicho la mas bella flor de la isla cuyo nombre habia tomado. Esta isla es el lugar mas encantador, el mas delicioso jardin que conocemos, es una canastilla de verdura colocada graciosamente en el centro de las aguas puras i transparentes del golfo. Una colina cubierta de naranjos i adelfas, coronada en su cumbre por un castillo de mármol. En derredor se estiende la májica perspectiva de aquel inmenso anfiteatro, una de las mayores maravillas de la creacion. Es Nápoles la voluptuosa sirena, recostada en el borde de la mar, es Portici, Castellamare, Sorrento, cuyos nombres solos despiertan á la imaginacion mil pensamientos de poesia i de amor.

La casa de Salomon el pescador se elevaba en la parte de la isla opuesta á la capital: desde allí se descubrian á lo léjos las azules crestas de Capua. Nada mas sencillo ni alegre. Las paredes de esta casilla estan cubiertas de yedra i de flores silvestres, en el primer piso habia una pieza bastante larga á donde dormian los hombres i comia la familia reunida, del otro lado el cuarto virjinal de Nísida, lleno de frescura, de sombra i de misterio, aclarado por una sola ventana, que daba sobre el golfo, encima de su cuarto un terrado al uso italiano con sus pilares coronados de jarras de flores, sus emparrados i su ancho parapeto cubierto de enredaderas silvestres. Una pequeña fila de pinos mirada con gran veneracion, trazaba una especie de muralla en derredor de la propiedad del pescador i defendia su casa mucho mejor que lo hubieran podido hacer profundos fosos y altas torres. Los mas pendencieros del lugar habrian preferido batirse delante del presbiterio ó dentro de la iglesia mas bien que frente á la casa del pescador. Era aquel lugar el punto de reunion de la isla

entera; todas las tardes exactamente á la misma hora las mujeres de la vecindad venian allí á coser sus bonetes de lana roja y á comunicarse las noticias. Mil grupos de niños desnudos, jugaban alegremente sobre la arena echándose pufadas de ella en los ojos á riesgo de cegarse, entretanto que sus madres entablaban esa conversacion fanfarrona i seria que caracteriza á los habitantes de los pueblos pequeños. Se reunian asi todos los dias delante de la casa del pescador: era este un homenaje tácito i casi involuntario consagrado por la costumbre: la envidia que reina en las pequeñas comunidades habria hecho pronta justicia. El ascendiente que tenia el viejo Salomon sobre sus iguales creció de un modo tan sencillo i tan natural, que nadie encontraba qué decir. Su poder se habia aumentado de dia en dia insensiblemente, sin hacerse notar sino cuando todo el mundo se utilizaba de él como esos bellos árboles cuya elevacion no se conoce hasta que se goza de su sombra. Si se orijinaba alguna disputa en la isla, los dos adversarios preferian mas bien someterse al juicio del pescador que ir á quejarse ante los tribunales; tenia la dicha ó el talento de dejar contentas ambas partes, sabia recetar mejor que cualquier medico i su ciencia se apoyaba sobre la esperiencia, obteniendo los mas felices resultados. Ademas él no tenia interes alguno en prolongar las enfermedades. Hacia muchos años que la sola formalidad reconocida en aquella isleta para garantizar la inviolabilidad de un contrato, era la intervencion del pescador. Las dos partes tocaban la mano de Salomon i todo estaba dicho. Hubieran preferido ir á arrojarse en el Vesubio en tiempo de erupcion mas ántes que faltar á un comprometimiento tan solemne. En la época en que comienza nuestra historia, será imposible encontrar en la isla un solo individuo que no hubiese experimentado los efectos de la jenerosidad del pescador, sin que para esto fuese necesario confiarle sus necesidades.

Como acostumbraba la pequeña poblacion de Nisida venir á pasar sus horas de descanso delante de la casa de Salomon, el anciano se paseaba lentamente por entre los diversos grupos de pescadores silbando su cancion favorita, conocia al paso las enfermedades físicas i morales, i la misma tarde era seguro, que el ó su hija, iban con un aire misterioso á derramar un beneficio sobre cada miseria, un bálsamo sobre cada herida. El solo reunia todos los empleos destinados á socorrer á la humanidad. Las jentes de lei, el médico, el notario, todos los agentes de la civilizacion se habian visto forzadas á tocar retirada delante de la bondad patriarcal del pescador. El cura mismo habia capitulado. Al dia siguiente de la fiesta de la Asuncion, Salomon, segun su costumbre, estaba sentado en un banco de piedra delante de la puerta de su casa, con las piernas cruzadas i los brazos apoyados sobre ellas. A primera vista, se le hubieran calculado sesenta años á lo mas, aunque realmente pasaba de ochenta; conservaba todos sus dientes, blancos como perlas i los mostraba con orgullo. Su frente serena coronada de una bella cabellera blanca, tenia el lustre del mármol, el brillo de diamante de su pupila azul revelaba una quietud de alma i una juventud eterna, tal cual la fábula pinta á los dioses marinos. Mostraba sus brazos desnudos i su cuello musculoso con toda la coquetería de un anciano. Nunca una idea sombría, ni una preocupacion siniestra, ni aun un solo remordimiento, habian venido á turbar esta larga i tranquila existencia: jamas habia visto correr una lágrima á su alrededor sin apresurarse á enjugársela; pobre habia sabido hacer beneficios que todos los reyes de la tierra, no hubieran podido pagar con todo su oro; ignorante hablaba á sus semejantes la sola lengua que podian comprender; la lengua del corazon. Una sola gota de hiel se habia mezclado á esta fuente de inagotable felicidad, un solo pesar habia cubierto de una nube pasajera sus bellos dias

de sol; esta fué la muerte de su mujer, que al fin habia llegado á olvidar. Todas las afecciones de su corazon se habian concentrado en Nísida cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre. Salomon la amaba con ese amor insensato que tienen los ancianos al menor de sus hijos. En aquel momento la contemplaba con un encanto profundo, viéndola ir i venir mezclándose unas veces á los grupos de niñas i riéndolas algunas veces á causa de lo peligroso de sus juegos, otras se sentaba sobre la yerba al lado de las madres tomando parte en sus pláticas con un interés grave i reflexivo. Nísida estaba así mas bella que la vispera, con la vaporosa nube de perfume que la envolvía de piés á cabeza, habia desaparecido toda esa poesía mística que imponía á sus admiradores, obligandolos á bajar los ojos. Habia vuelto á ser una hija de Eva sin perder por eso nada de sus encantos. Vestida simplemente como acostumbraba en los dias de trabajo, no se distinguía de sus compañeras sino por su belleza prodijiosa i la blancura de su cutis. Su bella cabellera negra hecha trenzas daba vuelta en derredor del pequeño puñal de plata cincelada últimamente importado en Paris por el derecho de conquista que tienen las lindas parisienses sobre las modas de todos los paises, como los ingleses sobre la mar. Nísida era adorada por todas sus amigas, todas las madres en jeneral la habian adoptado con orgullo; era la gloria de la isla, i era tan conocida allí la opinion de su superioridad, que si algun temerario, olvidando la distancia que lo separaba de la jóven, osaba hablar en público de sus pretensiones, servía de instrumento á todos sus camaradas. Si algun cantor de Almafé ó de Sorreno, atraído por la belleza prodijiosa de aquella anjélica criatura, se atrevía á cantar su pasion tenia cuidado de volarla bajo las mas delicadas alusiones; pero rara vez llegaba al último verso de su cancion; al oír un ruido se interrumpian repentinamente, arrojaban por tierra sus

triángulos i sus guitarras, retirándose como ruiseñores asustados. Solo uno habia tenido bastante valor ó bastante pasion para atreverse á caer en ridículo; este era Bartiano, el mas diestro nadador de la costa. El cantaba tambien; pero con voz triste i profunda; su canto era lúgubre i no se acompañaba con ningun instrumento i nunca se retiraba sin terminar su cancion. Aquel dia parecia mas triste que de costumbre, estaba en pié como por encantamiento sobre una alta roca tajada, i echaba sobre las mujeres que lo murmuraban riendo una mirada de desprecio. El sol que se sumerjía en la mar como un globo de fuego daba de lleno sobre sus facciones severas i la brisa de la tarde conmoviendo ligeramente las olas movía á sus piés abismos flotantes. Absorto en sus negros pensamientos cantaba en la lengua melancólica de su pais, i apénas hubo acabado el último verso de su melancólica trova se precipitó desde lo alto de la roca al mar, como si hubiera querido ahogarse. Nísida i las otras mujeres dieron un grito de espanto; porque el nadador habia tardado muchos instantes en volver á aparecer en la superficie. Estáis locas? exclamó un jóven, que habia aparecido repentinamente junto á las mujeres sin que ellas lo hubieran notado.—qué tenéis? serenáos! todos los peces del Mediterraneo, morirán ahogados ántes que él. El agua es elemento natural. Buenos dias hermana; buenos dias padre mio. El jóven pescador besó á Nísida su frente, se acercó á su padre, i doblando delante de él su bella cabeza se quitó el bonete rojo i le besó respetuosamente la mano. Venia así todas las tardes á pedirle su bendicion ántes de ir á la mar, á donde pasaba por lo comun la noche entera, pescando en su barca.—Que Dios te bendiga, mi Gabriell dijo el anciano enternecido, paseando lentamente su mano por entre los negros rizos de la cabellera de su hijo, i una lágrima silenciosa vino á humedecer sus párpados. Despues se levantó con aire solemne i dirijiéndose á los grupos que le rodeaban, aña-

dió con una voz llena de dignidad i de dulzura:—Vamos hijos míos, ya es tiempo de separarse. Los jóvenes al trabajo i los ancianos al reposo.

Todo el mundo se arrodilló i despues de una breve oracion, cada cual tomó por su lado.

Nísida despues de haber acompañado á su padre hasta el cuarto que servia de dormitorio, subió al suyo, reemplazó el aceite en la lámpara que ardía á todas horas delante de la Vírgen i se apoyó en el barrote de su ventana. Despues apartando las ramas de jasmín que formaban cortinas perfumadas, se puso á contemplar la mar, sumerjida en una agradable i profunda meditacion.

En aquella misma hora, una barquilla conducida silenciosamente por dos remeros abordó á la playa opuesta de la isla. Era ya de noche. Un hombre de pequeña estatura desembarcó primero con precaucion i tendió la mano respetuosamente á otro personaje, que desdeñando tan débil apoyo saltó á tierra con aire resuelto.

—¡bien! Belitre me encuentras de tu gusto?

—Monseñor está perfecto.

—Yo estoy satisfecho i para que sea completa la metamórfosis, he escogido el traje mas miserable que he podido encontrar en la tienda de un judío.

—Monseñor tiene el aspecto de un dios pagano, marchando con buena fortuna.

—Júpiter ha preparado sus rayos i Apolo... á un lado mitología. Primeramente te prohibo llamarme monseñor.

—Si monseñor.

—Si las noticias que he hecho tomar en el día son exactas, la casa debe ser al otro lado de la isla en el lugar mas solitario. Marcha detras de mí á bastante distancia i no te inquietes; porque yo sé mi papel de memoria.

El joven príncipe de Brancaleone, que sin duda nuestros lectores han reconocido apesar de la oscuridad de la noche, se avanzó ácia la casa del pescador, haciendo el menor ruido posible, dió mil vueltas por la playa, i despues

de un reconocimiento preparatorio de la plaza que queria atacar, aguardó tranquilamente á que la luna elevándose viniese á aclarar la escena que habia preparado. No debió aguardar largo rato porque la sombra desapareció gradualmente i la pequeña casa de Salomon fué inundada por la luz de la luna. Entónces acercándose con paso tímido levantó ácia la joven una mirada suplicante, i se puso á suspirar con toda la fuerza de sus pulmones. La joven viéndose interrumpida tan bruscamente en su meditacion por aquel singular personaje, se dispuso á cerrar la ventana. Detenéos encantadora Nísida, exclamó el príncipe, como dominado por una pasion irresistible.

—Qué me quereis, señor? respondió la joven admirada de oírse llamar por su nombre.

—Adoraros como se adora á una Vírgen, i haceros sensible á mis suspiros, Nísida le miró fijamente, i despues de algunos instantes de reflexion, como si hubiese respondido a un secreto pensamiento, le preguntó de repente:

—Sois de este pais ó extranjero?

—He llegado á la isla, respondió inmediatamente el príncipe á la hora en que el sol escribia sus adioses á la tierra humedeciendo su rayo que le sirve de pluma en la sombra que es su tintero.

—Quién sois: repitió la joven, no comprendiendo estas estrañas palabras.

—No soi sino un pobre estudiante; pero puede ser que con el tiempo sea un gran poeta como el Taso cuyos versos ois cantar todos los dias por algun pescador que se aleja enviándoos su dulce melodía, como un último adios, que viene á morir sobre la playa.

—No sé si hago mal en responderos; pero al ménos seré franca con vos, dijo Nísida un poco confusa; tengo la desgracia de ser la joven mas rica de la isla.

—Vuestro padre no será inflexible, repitió el poeta con ardor; una palabra vuestra, luz de mis ojos, diva de mi corazon, que yo trabajaré noche i dia sin

treguas, sin descanso, para hacerme digno de poseer el tesoro que Dios ha revelado á mis deslumbrados ojos, i de pobre i oscuro como me veis, lograré elevarme á la riqueza i al poder.

—Me he detenido mucho tiempo en escucharos palabras que una jóven no debe oír; dispensad, señor, que me retire.

—Tened piedad de mí, mi cruel enemiga. Dime qué os he hecho para que me dejéis así con la muerte en el alma?

No sabéis que hace muchos meses os sigo por todas partes como una sombra? que por la noche doi vueltas en derredor de vuestra casa, sofocando mis sollozos para no turbar vuestro apacible sueño? Tal vez teméis dejaros enternecer, á la primera entrevista, por un desgraciado que os adora. Julieta era jóven i bella como vos i no se hizo de rogar para tener piedad de Romos.

Nísida dirijió una mirada triste i pensativa á aquel bello jóven que le hablaba con una voz tan suave, i se retiró sin darle otra respuesta, sin duda para no humillar su miseria, el príncipe hizo todos los esfuerzos posibles para contener una violenta carcajada, i mui satisfecho de su empresa, se dirijió ácia el lugar á donde habia dejado á su camarero.

Trespolo despues de haber apurado una botella de Lágrima-cristi de que se habia provisto para cualquier evento, habia mirado largo rato en derredor para elegir su lugar donde la yerba estuviese mas alta i mas espesa i allí se habia dormido profundamente murmurando estas palabras sublimes: Oh perezosa tú serías una virtud sin la falta de Adán!

Nísida no pudo cerrar los ojos en toda la noche con motivo de la conversacion que habia tenido con el extranjero, su repentina aparicion, su vestido extraño, su raro lenguaje habian despertado en ella un vago sentimiento, que dormia en el fondo de su corazon. Ella estaba entónces en todo el vigor de su juventud i de su belleza resplandeciente: Nísida no era una de aquellas criaturas débiles i temerosas, aniquiladas por el

sufrimiento ò tiranizadas por el despotismo. Al contrario todo lo que la rodeaba habia contribuido á proporcionarle un destino calmado i sereno, su alma tierna i sencilla se habia desarrollado en una atmósfera de dicha i de paz. Si no habia amado hasta entónces no se debia acusar de frialdad; porque la excesiva timidez de los habitantes de su isla i el profundo respeto que tenian al viejo pescador habian trazado al derredor de su hija un círculo de estimacion que nadie osaba franquear. A fuerza de economía i de trabajo, Salomon habia llegado á crearse una sana fortuna que hacia resaltar la pobreza de los otros pescadores. Nadie habia pedido á Nísida porque nadie creia merecerla. El único de su adoracion, que habia resuelto probarle su pasion de una manera ostensible era Bastino, el amigo mas querido de Gabriel; pero Bastiano no le gustaba. Confiada en su belleza, i sostenida por una misteriosa esperanza que no abandona jamas á la juventud se habia resignado á aguardar como la hija de un rei que espera de un momento á otro ver llegar á su novio de un país extranjero. El dia de la Asuncion salió de la isla por la primera vez de su vida, la suerte la habia clejido entre las jóvenes del reino consagradas por sus madres á la proteccion especial de la Virjen; pero fatigada por el peso de funciones tan nuevas para ella avergonzada i confusa bajo las miradas de una multitud inmensa apenas habia osado levantar sus ojos asombrados i la grandeza de la ciudad, pasaron delante de ella como un sueño de que no conservaba sino un vago recuerdo. Entónces fué cuando notó la presencia de un bello jóven, de talle esbelto i elegante, i de un aire tan noble, que contrastaba tanto con el enajenamiento de sus galanes que se sintió atacada de un temblor convulsivo, i sin duda habria creído que su príncipe habia llegado sino hubiera sido por el disgusto que le causó la pobreza de su vestido, pero lo escuchó mas largo tiempo del que era ne-

cesario i se retiró con el pecho oprimido, el corazón palpitante i atormentada por una pena sorda. La infeliz habria muerto de temor sino hubiera podido adivinar la verdad, si mi padre no quiere consentir en nuestra union, se decia á sí misma, atormentada por el primer cuidado de su vida, yo he hecho mal en hablarle. Pero si es tan bello! Entónces se puso de rodillas delante de la Virgen, que era su sola confianza; porque la pobre no habia conocido á su madre, enfia trató de contarle los tormentos de su alma; pero no pudo concluir su oracion; las ideas se confundian en su cerebro, se sorprendia pronunciando estrañas palabras. La Santa Virgen debió compadecerse de su bella protegida; esta se levantó bajo la impresion de un pensamiento consolador i decidida á confiarlo todo á su padre.

No puedo dudar ni un instante, se decia á sí misma, de la ternura de mi padre; pues bien si él me prohíbe hablarle será por mi bien. Pero Dios mio esta primera vez que lo veo, añadió acostándose en su lecho, hasta ahora comprendo, que ha sido bien temerario en haber osado dirigirme la palabra. Casi tengo deseos de burlarme de él, con qué seguridad me hablaba moviendo los ojos de un modo tan risible! I son verdaderamente muy bellos, i su boca i su frente, i su pelo! él no duda que yo he notado sus manos, que en verdad son.... muy blancas, mientras las elevaba ácia el Cielo como un loco. Vamos no vá á impedirme dormir! ¿Por qué la figura de este jóven se ha gravado tan profundamente en mi memoria? no quiero verle más! Esclamó ella cubriéndose la cabeza con su sábana i con un aire de cólera infantil, despues se sonreia al pensar en el traje de su amante, i reflexionó largo rato en lo que dirian sus compañeras. Pero de golpe su frente se cubrió de sudor frio, una idea terrible acababa de pasar por su imaginacion i tembló de los pies á la cabeza. Si encuentra por casualidad otra mas bonita que yo! Los hombres son tan varia-

bles! Decididamente hace mucho calor i no dormiré en toda la noche. Entónces se sentó en su cama, i continuó hasta por la mañana su monólogo, del cual suspenderemos al lector.

Apénas el primer rayo del dia penetró al traves de las ramas entrelazadas de los jasmínes que cubrian la ventana, Nísida se vistió precipitadamente i fué como de costumbre á presentar su frente al beso paternal. El anciano notó inmediatamente el abatimiento i la fatiga que el insomnio habia producido en la figura de su hija, él apartó con la voluntad de una madre los negros cabellos que cubrian sus mejillas:

—Qué tienes hija mia? dijo, no has dormido bien?

—No he dormido nada absolutamente, respondió Nísida, sonriendo para tranquilizar á su padre; pero estoi perfectamente buena i tengo una confesion que haceros, padre mio.

—Hábla pronto, hija mia, porque muero de impaciencia.

—Tal vez he cometido una falta, pero quiero que ante todo me prometas no reñirme.

—Tú sabes lo que te quiero, dijo el anciano acariciándola, i no empezaré hoy á ser ríjido.

—Un jóven que no es de esta isla, i cuyo nombre ignoro, me ha dirigido la palabra ayer tarde en el momento en que yo tomaba el fresco en mi ventana.

—I qué tenia que decirte tan importante, mi cara Nísida?

—Me ha suplicado que te hablase en su favor.

—I qué puedo hacer por él?

—Disponer nuestro matrimonio,

—I me obedecerias gustosa?

—Creo que sí padre mio, dijo la jóven con candor. Por lo demas podrás juzgar lo mismo con tu sabiduría; porque he querido hablarte ántes de conocerlo, para no prolongar una conversacion que hubierais podido probar, sin embargo creo que hai un obstáculo....

—Tú sabes que para mí no hai ninguno cuando se trata de haceros feliz

sin duda será pobre.

—Padre mio!

—Pues bien—Esta es una razon de mas para que yo le ame. Aquí hai trabajo para todo el mundo, i mi mesa puede ofrecer un asiento en ella a un tercer hijo. El es jóven, tiene brazos, i sin duda un estado.

—Es poeta.

—No importa; dile que venga á hablarme, i, si es un jóven honrado yo te prometo hija mia que haré todo lo posible por anticipar tu felicidad.

Nisida abrazó á su padre con efusion i todo el dia estuvo llena de contento, aguardando la tarde con impaciencia para comunicar al jóven tan agradable noticia.

Eliji de Brancaleone, quedó medianamente satisfecho, como el lector puede figurarse, de la magnanimidad del pescador; pero, como seductor consumado se manifestó mui contento, i no olvidando su papel de poeta i de estudiante fanático se arrodilló, declamando una ferviente oracion de gracias al astro Vénus: dirigiéndose en seguida á la jóven, añadió con una voz mas calmada, que iba á escribir en el acto á su padre i que el domingo venidero haria su proposicion formal.

Hasta entónecs dijo que no se presentaba á Salomon protestando una cierta vergüenza, que le causaban sus vestidos raídos, al mismo tiempo aseguró á Nisida, que su padre le traería un vestido completo para el dia de sus bodas.

Mientras que la infeliz caminaba al borde del abismo con tanta seguridad, Trespolo obedeciendo la voluntad de su señor se habia instalado en la isla finjiéndose peregrino de Jerusalem. El bribon hacia su papel á las mil maravillas, salpicando sus discursos de frases biblicas, en su calidad de antiguo sacristan distribuia mil reliquias i entre ellas pedacitos de madera de la verdadera Cruz, i del lecho de la Santa Virgen, acompañados de todos los inagotables tesoros, con que se alimenta diariamente la ávida devocion de las buenas jentes. Sus reliquias eran tanto mas auténticas

cuanto que no las vendia, i soportaba su pobreza con resignacion, dando gracias á los fieles i rehusando sus limosnas. Solamente por consideracion á la virtud de Salomon, habia consentido en partir el pan del pescador, yendo á comer a su casa con una regularidad de cenobita. Su abstinencia admiraba á todo el mundo; un vaso de agua, i algunas nueces ó higos eran suficientes para vivir el santo varon, es decir, para impedirle morir. Por lo demas, divertia á Nisida con sus relaciones de viajes i sus predicciones misteriosas. Desgraciadamente no se presentaba á donde Salomon sino por la tarde porque el resto del dia lo pasaba en oracion i en maceraciones; es decir en consolarse en secreto de la frajilidad que se veia obli-do á aparentar en público. En la mañana del séptimo dia despues de la promesa que el príncipe habia hecho á la hija del pescador, Brancaleone entró mui temprano en el cuarto de su criado, i sacudiendolo con fuerza, le gritó al oido—En pié odioso animal! Trespolo se despertó asustado i se frotó los ojos con espanto.

Los muertos tranquilamente acostados en el fondo de sus sepuleros, no se levantarían con mas terror el último dia, cuando la trompeta del juicio fuera á arrancarlos de su pesado sueño. Sinembargo, el temor habia disipado inmediatamente la niebla calijinosa que cubria sus ojos se sentó sobre su cama, preguntando con aire azorado: Que hai escelentísimo señor?

—Lo que hai es que yo te haré ahorcar como perro, sino dejas esa execrable costumbre de dormir veinte horas diarias.

—No dormia, mi príncipe, exclamó el criado con desembarazo saltando de su cama al suelo; solamente meditaba...

—Escúchame, dijo el príncipe en tono serio, Lino me engañó, tu has estado de dependiente de un boticario.

—Si monseñor, i lo dejé porque temia la insigne barbarie de hacerme machacar sus drogas, lo que me fatigaba horri-

blemente los brazos.—He aquí un frasco que contiene una solución de ópio.

—Misericordia! misericordia! exclamó Trespolo cayendo de rodillas.—Levántate imbécil i pon atención á lo que voi á decirte. Esa loca de Nísida se obstina en que yo hable á su padre i le he hecho creer que partía esta misma tarde para ir á buscar mis papeles, no hai tiempo que perder. Eres conocido del pescador. Tú verterás este licor en su vino; tu vida me responde, á que no aplicarás mas de la dosis suficiente para producir un profundo sueño. Tendrás cuidado de preparar para esta noche una buena escala, hecho lo cual irás á esperarme en mi barca, en donde encontraras á Numa i á Bonasur, ya ellos tienen mis órdenes no te necesito para la escalada, pues tengo mi puñal de Campo-Basso.

—Pero monseñor, murmuró Trespolo aterrado,

—Nada de dificultades, exclamó el príncipe sacudiendo con fuerza el brazo de su criado, ó por la muerte de Cristo, te curaré una vez por todas de todos tus escrúpulos, i en seguida dió una vuelta sobre los talones con el aire de un hombre convencido de que se guardarán de desobedecer sus órdenes.

El desgraciado Trespolo cumplió puntualmente con las órdenes de su señor. Para él el miedo era ante todo aquella tarde, la cena del pescador fué triste, en vano el falso peregrino trató de reanimarla con su alegría ficticia. Nísida estaba preocupada de la partida de su amante i Salomon participaba de la tristeza de su hijo i apenas tragó algunas gotas de vino pudiendo resistir á las reiteradas instancias de su huésped.

Gabriel habia partido por la mañana para Sorrento en compañía de Bartiano, i no debia volver hasta pasados tres dias, su ausencia aumentaba aun la melancolía del anciano. Apenas Trespolo hubo partido cuando el pescador sucumbió á su fatiga. Nísida con la cabeza un poco pesada, i el corazón oprimido por un triste presentimiento, tuvo ape-

nas la fuerza suficiente para subir á su cuarto, i despues de haber reanimado maquinalmente la lámpara, cayó sobre su lecho pálida i fria como una muerta.

Una furiosa tempestad comenzaba en aquel momento; una de esas tempestades que no se ven sino en el Mediodía, cuando las nubes amontonadas, se desahacen súbitamente, vertiendo torrentes de lluvia i granizo i hacen temer un nuevo diluvio. El estallido del trueno se oía mas distinto cada vez, é imitaba perfectamente el sonido de un cañoneo. El golfo, ántes tan calmado i tan terso en el que la isla entera podia mirarse como en un espejo, se habia ennegrecido repentinamente: las olas sonoras i furiosas se chocaban unas contra otras; la isla temblaba conmovida por terribles sacudimientos. Los mas intrépidos pescadores habian retirado sus barcas á la ribera, i encerrados en sus cabañas trataban de tranquilizar á sus mujeres i á sus hijos asustados. En medio de la profunda oscuridad que reinaba sobre la mar, se veia brillar la lámpara de Nísida, que ardia sin cesar delante de la Virgen.

Dos barcas sin timon, sin velas, i batidas por la ráfaga daban vueltas al borde del abismo; dos hombres estaban en pié en aquellas dos barcas, con los músculos contraídos, el pecho desnudo, los cabellos al viento. Ambos se tenian de la mano para no dejar separar sus barcas, i miraban la mar con altanería, como desafiando la tempestad. Por última vez, te lo suplico, exclamó uno de estos dos hombres, dejame Gabriel, yo te prometo que con mis dos remos rotos i un poco de paciencia llegaré á la torre ántes del dia.

Estás loco Bastiano? desde esta mañana no hemos podido acercarnos al castillo, i nos hemos visto obligados á sostener á lo largo de la ribera, tu vigor i tu destreza no han podido nada contra el terrible huracan que nos ha conducido aquí,

—Es la primera vez que rehusas acompañarme, respondió el jóven.

—Pues bien, mi caro Bastiano, no sé, esta noche, me siento impelido ácia la isla por una fuerza irresistible. Los vientos se han desencadenado para atraerme á ella contra mi voluntad i te lo confesaré aunque deba pasar de loco á tus ojos me parece ver una órden del Cielo en un acontecimiento tan sencillo i tan natural. Ves esa lámpara que brilla allá abajo?

—La conozco, respondió Brasiano sofocando un suspiro.

—Fué encendida delante de la Vírgen el día en que nació mi hermana i durante diez i ocho años no ha cesado de arder noche i día; era un voto de mi madre. Tú no sabes mi querido Bastiano, tú no puedes saber cuantos pensamientos dolorosos ese voto me trae á la memoria. Mi pobre madre me hizo ir á su lecho de muerte i allí me contó una historia terrible, un misterio horroroso que pesa sobre mi alma como una capa de plomo, i de que no puedo librarne sino confiandole á un amigo. Cuando hubo acabado su penosa relacion, quiso ver i abrazar á mi hermana, que acababa de nacer, despues, con su mano temblosa i ya helada por la agonía de la muerte, quiso ella misma encender la lámpara. “Acuérdate, estas fueron sus últimas palabras, acuérdate Gabriel, que tu hermana está bajo la proteccion de la Vírgen. Mientras que esta lámpara brille delante de su santa esfigie, tu hermana no correrá ningun peligro.” Ahora puedes comprender amigo mio, porqué todas las noches, al atravesar el golfo, tengo los ojos fijos sobre aquella luz. Tengo una creencia que nada podria destruir i es que el día en que esa luz se apague el alma de mi hermana volará ácia el Cielo.

—Pues bien! exclamó Bastiano con un tono brusco que revelaba la emocion de su corazon, si tú prefieres quedarte yo iré solo.

—Adios, dijo Gabriel soltando la mano de su camarada, sin apartar los ojos de la luz ácia la cual se sentia atraido por una fascinacion que no podia esplicarse.

Bastiano desapareció i el hermano de Nísida ayudado por las olas se acercaba con rapidez á la ribera, pero de repente, dió un grito terrible que dominó el ruido de la tempestad. La estrella acababa de extinguirse; se habia apagado la lámpara.

Mi hermana ha muerto! exclamó Gabriel, i lanzandose a la mar hendió las olas con la rapidez del rayo. La tempestad redoblaba su violencia largos, i continuados relámpagos desgarraban las nubes, inundando todos los objetos con una claridad intermitente. El pescador vió una escala apoyada á la fachada de su casa, la cojió con una mano convulsiva i en tres saltos se precipitó en el cuarto.

El príncipe habia sentido una singular conmocion penetrando en este casto i silencioso gabinete. La mirada calmada i dulce de la Vírgen, que parecia proteger el reposo de la jóven dormida, ese perfume de inocencia que se estiende en derredor del lecho virjinal, aquella lámpara velando en medio de las tinieblas, habian llenado al seductor de un respeto misterioso. Irritado de lo que él llamaba una cobardia absurda habia apagado la lámpara importuna, i se avanzaba ácia el lecho dirijiendose mudas reconvencciones, cuando Gabriel cayó sobre él con un ruido semejante al de un tigre herido. Branculeone por medio de un movimiento rápido que probaba un valor i una destresa poco comunes, se safó de los brazos de su robusto adversario; sacando con su mano derecha un largo puñal de hoja fina i dorada. Gabriel sonrió con desden, le arrancó el arma, é inclinándose para romperla sobre la rodilla dió una fuerte cabezada al príncipe que echandolo á tierra, lo hizo rodar tres ó cuatro pasos; despues inclinándose sobre su hermana i contemplandola á la fujitiva luz de un relámpago: Muerta! exclamó torciendose los brazos con desesperacion. Muerta! i en el terrible parasismo que le anudaba la garganta, no podia articular otras palabras para desfogar su rabia i

dolor. Sus cabellos humedecidos por la tempestad, se erizaban sobre su cabeza i sintió caer sus lágrimas sobre su corazón: aquel fué momento terrible; i olvidó que el asesino vivía aun.

El príncipe á quien su admirable sangre fria no abandonaba un instante se levantó un poco maltratado de la caída, pálido i tembloroso de rabia, buscando por todas partes una arma para vengarse. Gabriel se volvió ácia él mas amenazador i mas siniestro que nunca, i apretándole el pescuezo con una mano de fierro, lo arrastró ácia el cuarto donde dormía el anciano.

—Padre mio! exclamó con una voz dolorosa, he aquí el cobarde que acaba de asesinar á Nísida. El anciano que no habia tomado sino algunas gotas de la porsion soporifica se despertó al grito que dió Gabriel; i levantándose como movido por un resorte i con esa prontitud de accion de que Dios ha dotado á las madres en los momentos de peligro, subió al cuarto de su hija, encendió luz se arrodilló sobre el borde de la cama i se puso á examinar el pulso de la jóven espianando la respiracion con una ansiedad mortal. Todo esto habia pasado en ménos tiempo del que habia sido necesario para referirlo. Brancaleone por un esfuerzo sobrehumano se habia vuelto á safar de las manos del pescador i volviendo repentinamente á su tono natural, dijo con una voz fuertemente asentuada:

—No me matareis sin escucharme.

Gabriel quiso llenarlo de injurias, pero no pudiendo articular una sola palabra, se puso á llorar como un niño:

—Tu hermana no está muerta, dijo el príncipe con una fria dignidad, no está sino dormida, podreis cercioraros vos mismo, i miétras tanto yo me obligo por mi honor á no apartarme un solo paso de aquí. Estas palabras fueron pronunciadas con tal acento de verdad, que el pescador las creyó, una luz de esperanza iluminó sus pensamientos i echó sobre el extranjero una mirada de cólera i desconfianza, diciendole en voz alta,

—No creas poderte ni escapar. Despues subió al cuarto de su hermana i acercándose al anciano le pregunto temblando:

—I bien! padre mio!

Salomon se rechazó suavemente con la solicitud de una madre que apartaria de la cuna de su hija un insecto importuno, i haciendole señã de callar añadió en voz baja, no está ni muerta ni envenenada, le habrán hecho tomar algun filtro con siniestros designios. Su respiracion es regular i no puede tardarse en volver de su letargo.

Gabriel tranquilizado ya acerca de la vida de Nísida, bajó silenciosamente al corredor, en donde habia dejado al príncipe: su actitud era sombría i grave al mismo tiempo; no venía esta vez á despedazar con sus uñas al asesino de su hermana, pero sí á aclarar un misterio de traicion i de infamia, á vengar su honor al cual se habia cobardemente atentado. Gabriel abrió los dos bastidores de la puerta principal que daban luz á la pieza donde acostumbraba dormir con su padre las raras noches que pasaba en la casa. La tempestad habia cesado, un rayo de la luna penetrando al traves de las nubes iluminó de repente el cuarto. El pescador sacudió sus cabellos húmedos i se avanzó ácia el extranjero, que lo aguardaba de pié firme, despues de haberlo mirado con orgullo:

—Vamos le dijo, ahora te toca esplicarme vuestra presencia en mi casa.

—Confieso, respondió el príncipe con el mas insolente aplomo, que las apariencias están contra mí. Este es el destino de los enamorados, ser tratados siempre como ladrones; pero aunque no tengo el honor de ser conocido vuestro, soi el novio de la bella Nísida con el consentimiento de su padre, bien entendido. I como tengo la desgracia de tener padres sumamente severos han tenido la crueldad de rehusarme su consentimiento. El amor me ha estraviado é iba a hacerme culpable de una falta por la cual los jóvenes como tú deben ser

indulgentes. No ha sido otra cosa que una simple tentativa de raptó con las mejores intenciones del mundo, os lo juro i estoi pronto á repararlo todo, si os conviene tenderme una mano amiga i llamarme vuestro hermano.

—Me conviene llamarte cobarde i traidor, respondió Gabriel, i el rojo de la cólera le subió á las mejillas oyendo hablar de su hermana con tan impúdica lijeriza. Si es así como se vengau las ofensas en las ciudades, nosotros los pescadores tenemos otro sistema. Ah! tú te haz lisonjeado de traer á nuestra casa la desolacion i la vergüenza, pagando infames sicarios, que han venido á partir el pan de un anciano para envenenar a su hija; te haz deslizado por la noche como un bandido, armado de un puñal en el cuarto de mi hermana, lisonjeandote de poseer la mas bella mujer del reino. El príncipe hizo un movimiento de cólera.

—Escucha, repitió Gabriel, yo podría romperte como herote tu puñal; pero te tengo lástima. Veo que nada sabes hacer con tus manos, ni defenderte, ni trabajar. Vaya vaya, ya comienzo á comprenderlo todo: haz usurpado tu pobreza cubriéndote con esos raídos vestidos, de que no eres digno, i dejó caer sobre el príncipe una mirada llena de desprecio, en seguida, acercándose á un armario oculto en la pared sacó un fusil i una hacha.

—He aquí, dijo él, las únicas armas que hai en esta casa; escoje.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos del príncipe, que hasta entonces habia devorado su cólera en silencio; i apoderandose ávidamente del fusil retrocedió tres pasos i se enderesó con altanería:

—Mejor habrias hecho, dijo él, en prestarme al principio esta arma; porque me habrias evitado el disgusto de asistir á tus necias divagaciones i á tus convulsiones frenéticas. Gracias, amigo; uno de mis lacayos te traerá tu fusil. Adios; ahí tienes por tu trabajo. I al instante le arrojó su bolsa, que vino á

caer pesadamente á los piés del pescador.

—Te he prestado ese fusil para batiros conmigo, exclamó Gabriel, inmóvil de asombro.

—Rabia, ahora sí, eres un loco, dijo el príncipe dando un paso ácia la puerta.

—Entónces rehusas defenderte, preguntó Gabriel con tono resuelto.

—Te he dicho que no puedo batirme contigo.

—I por qué?

—Porque Dios lo ha querido así; por que tú haz nacido para arrastarte por el suelo i yo para hollarte con mis piés; porque toda la sangre que yo podria derramar en esta isla no equivaldría á una sola gota de la mia; porque mil vidas de miserables como tú no valen lo que una hora de la mia; porque tú te pondrás de rodillas al oír mi nombre que quiero pronunciar, enfin porque tú eres un pobre pescador, i yo me llamo el príncipe de Brancalione.

A este nombre temible, que el príncipe pronunció con insolencia, el pescador ruió como un león. I respirando con mas libertad como si se hubiese librado de un enorme peso que le oprimia el corazon.

—Ah! exclamó, acabas de perderos, monseñor. Entre el pobre pescador i el príncipe todo poderoso hai una deuda de sangre, pagarás por tí i por tu padre. Ahora vamos á arreglar vuestras cuentas, esculentísimo señor, añadió levantando su hacha sobre la cabeza del príncipe ah! os habeis apresurado mucho en escojer, el fusil no está cargado.

Al oír estas palabras, el príncipe se puso pálido.

—Existe entre nuestras dos familias, continuó Gabriel, un misterio horrible que mi madre me ha revelado al borde de la tumba; mi padre lo ignora, enfin nadie en el mundo debe oirlo. Tú es indiferente, vais á morir: diciendo estas palabras Gabriel arrastró al príncipe ácia la plaza.

—Sabes por qué mi hermana á quién tú querias deshorrar, ha sido puesta

bajo la proteccion de la Virgen?.... porque tu padre ha querido, como tú, deshonorar á mi madre. Hai en tu maldita raza una tradicion de infamia: Tú no sabes los horribles tormentos que sufrió mi pobre madre, ellos la debilitaron haciendola morir muy jóven, i aquella alma anjelical no se atrevió á revelarselos sino á su hijo i eso en su última hora, con el objeto de comprometerme á velar sobre mi hermana. El pescador enjugó una lágrima ardiente....

—Un dia, prosiguió, nosotros no habiamos nacido aun; una bella dama ricamente bestida abordó á esta isla en una magnífica gondola; venia á ver a mi madre, que era jóven i bella como lo es Nísida, no se cansaba de admirarla acuzando á la ciega fortuna de haber ocultado tan bello diamante en el fondo de una isla oscura; ella coimó á mi madre de elojios, de caricias i de presentes, en fin, despues de una larga conversacion acabó por pedirsel a sus padres para hacerla su camarera. Las pobres jentes, viendo en la proteccion de tan noble dama un brillante porvenir para su hija, tuvieron la debilidad de ceder. Aquella dama era tu madre, i sabes por qué venia a buscar una jóven inocente? porque tu madre tenia un amante i esperaba por aquel medio infame, asegurarse la induljencia del príncipe.

—Silencio miserable.

—Ah! me escuchareis hasta el fin, excelentísimo señor. Los primeros dias, mi pobre madre se vió rodeada de los mas tiernos cuidados: la princesa no podia separarse de ella ni un solo instante todos los mas bellos vestidos, las mas ricas joyas eran para mi madre; los criados la respetaban como si fuese la hija de sus amos. Cuando sus padres fueron a visitarla, para informarse acerca de si no tenia algun sentimiento por haberlos dejado, la encontraron tan bella i tan feliz, que bendijeron mil veces a la princesa, como a un anjel que Dios les había enviado. El príncipe tomó

entónces a mi madre una singular afeccion; poco a poco sus modales se hicieron mas familiares i cariñosos. En fin, la princesa se ausentó por algunos dias sintiendo no poder llevar consigo a su querida hija, como ella la llamaba. Entónces la brutalidad del príncipe ya no tubo limites; sin tratar de disfrazar sus vergonzosos proyectos de seduccion; hizo brillar á la vista de la pobre jóven mil collares de perlas, i cajas de diamantes; en fin, pasó de la pasion mas ardiente á una cólera sombría; de las mas humildes súplicas á mil horribles amenazas, al fin hizo encerrar á la desgraciada en un oscuro calabozo en el que apenas penetraba un débil rayo de luz, i todas las mañanas un feroz carcelero iba á llevarle un pedazo de pan negro, i le repetia que de ella sola dependia cambiar de posicion, accediendo á los deseos del príncipe. Aquel suplicio duró dos años largos. La princesa había partido para un dilatado viaje al extranjero, i los pobres padres de mi madre, creian que su hija era feliz al lado de su protectora. A su vuelta, teniendo sin duda nuevas faltas que hacerse perdonar, echó ella en cara al príncipe su torpese, sacó á mi madre de su prision, afectó la indignacion mas viva, por sus horribles tratamientos, que fingía ignorar, enjugó sus lágrimas, i con un refinamiento abominable de perfidia, recibió las gracias de la víctima que iba á inmolar.

Una tarde.—ya acabo, monseñor—la princesa quiso cenar con su infeliz compañera: mil frutas raras, los manjares mas esquisitos, los vinos mas delicados, fueron servidos con profusion. Los largos sufrimientos i privaciones habían alterado la salud de mi madre i debilitado su razon; ella se abandonó á una alegría enfermiza, se vertieron en su vino filtros diabólicos; mi madre sentía una ecsaltacion, sus ojos tenían un bello febril, sus mejillas estaban encendidas. El príncipe entró en aquel instante.. mi madre se refujó como una paloma asustada, en el seno de la princesa; pero ella la rechazó riendo. La infeliz asus-

tada i llorando se puso de rodillas en medio de aquel aposento infame. Era el día de Santa Ana; repentinamente las paredes de la casa se conmueven i se desmoronan, mil gritos de terror se oyen en la calle, i mi madre se salva. Fué aquel temblor de tierra, que destruyó la mitad de Nápoles. Bien lo sabeis, monseñor, supuesto que vuestro antiguo palacio fué arruinado.

—A dónde quieres ir á parar? exclamó Brancalone con la mas mortal ansiedad.

—Quiero simplemente persuádirlos de que es necesario que os batáis conmigo, replicó fiamente el pescador, tendiéndole un cartucho, i ahora mismo, le dijo con voz exaltada; encomendad vuestra alma á Dios, monseñor, porque, os prevengo que morireis; necesito justicia!

El príncipe examinó atentamente la pólvora i las balas, se cercioró de que el fusil estaba en buen estado, lo cargó, é impaciente por acabar, apuntó al pescador; pero sea la emosion que acababa de experimentar, durante la terrible narracion de su adversario, ó bien que la yerba estuviese humeda, en el momento de avanzar el pié izquierdo para asegurar el tiro, se resbaló i perdiendo el equilibrio cayó de rodillas, el tiro partió al aire. Este no se cuenta, monseñor, exclamó inmediatamente Gabriel, dando le un segundo cartucho.

Al ruido de la esplosion el viejo pescador se asomó á la ventana i comprendiendo de qué se trataba levantó las manos al cielo, dirigiendo á Dios una muda i ferviente oracion. Eliji de Brancalone profirió una horrible blasfemia i volvió á cargar su arma á toda prisá; pero admirado de la firmeza del jóven, que estaba en pié é inmovil delante de él, la vista de aquel anciano calmado é impasible que parecía conjurar á Dios en nombre de su autoridad paternal á decidirse por el inocente i ademas desconcertado por su caída sintió correr por sus venas el frío de la muerte, pero tratando de dominar su emosion, apuntó por segunda vez; la bala silvó al oido

del pescador i fué á clavarse en el tronco de un pino. El príncipe, con toda la enerjía de la desesperacion, cojió el cañon de su arma á dos manos, pero Gabriel se avanzó amenazador con su hacha, i del primer golpe rompió la caja del fusil. Sin embargo vasilaba aun en matar á un hombre indefenso, cuando dos criados armados aparecieron á la estremidad del camino. Gabriel no los vió venir; pero en el momento en que ambos iban á atacarlo por la espalda, Salomon dió un grito i se lanzó al socorro de su hijo.—Aquí Numa, aquí Bonasur!, mueran los traidores, quieren asesinar-me!

—Mientes, príncipe Brancalone, exclamó Gabriel, i de un hachazo le partió el craneo.

Los dos criados que venían á defender á su señor viendo caer, tomaron la fuga. Salomon i su hijo subieron al cuarto de Nísida. La jóven acababa de despertar, un ligero sudor se veia sobre su frente, i abría poco á poco los ojos á la nascente luz.

—Por qué me mirais así padre mio! dijo ella, pasando la mano sobre su frente.

El anciano la abrazó con ternura. —Haz escapado de un gran peligro, mi pobre Nísida, le dijo él, levántate i dá gracias á la Vírjen. En seguida todos tres se prosternaron delante de la Santa imájen recitando las letanías; pero casi al mismo instante se oyó un gran ruido de armas en el corredor. La casa fué rodeada de soldados, i un oficial cojiendo por el brazo á Gabriel dijo en alta voz: Yo os arresto á nombre de la lei, por el asesinato que acabais de cometer en la persona de su excelencia—ilustrísima, monseñor el príncipe de Brancalone.

Nísida sorprendida al oír estas palabras se puso pálida é inmóvil como una de esas estatuas de mármol arrodilladas sobre las tumbas; Gabriel se preparaba á hacer una resistencia desesperada, pero se detuvo á una señal de su padre.

—Señor Teniente, dijo el anciano dirijiéndose al oficial, mi hijo ha muerto

al príncipe en legítima defensa: porque él había escalado nuestra casa de noche i armado. Las pruebas están á la vista, mirad su escaló apoyada á la ventana i he aquí añadió, cojiendo los dos pedazos de puñal roto, un puñal con las armas de Brancaleone; sin embargo nosotros no nos negamos á seguirlos.

Las últimas palabras del pescador fueron cubiertas por los gritos de: mueran los esbirros! abajo los jendarmes! que la multitud repetía por todas partes. La isla entera estaba en movimiento, i los pescadores se habrían dejado matar, mas bien que permitir que se tirase un solo cabello de la cabeza de Salomon ó de sus hijos.

El anciano se asomó á la puerta i extendiendo los brazos en actitud llamada i grave apaciguó la cólera del pueblo:

—Gracias hijos míos, les dijo, es necesario respetar la lei. Yo defenderé delante de los jueces la inocencia de mi hijo.

Tres meses habian pasado apenas desde el día en que vimos por la vez primera al viejo pescador de Nisida sentado delante de la puerta de su casa, rodeado de toda la felicidad, que habría cabido creer en derredor de él i volviéndose de uno a otro lado sobre el banco de piedra, que le servía de asiento lo vimos bendecir á sus dos hijos, los mas bellos jóvenes de la isla. Al presente todo ha cambiado en la existencia de aquel hombre ántes tan feliz i envidiado. La risueña casa que se inclinaba sobre el golfo, como una cigüeña al borde de un trasparente manantial, está ahora triste i desolada; el jardín cubierto de lilas i de rosas, donde alegres grupos iban á sentarse á la caída del día, está silencioso i desierto; ningún ruido humano, se atreve á turbar el duelo de aquella triste soledad. Solamente á la caída de la tarde las olas del mar conmovidas por tan terrible desgracia vienen á murmurar sobre la playa vecina, sus dolientes quejas.

Gabriel ha sido condenado. La no-

ticia de la muerte del noble príncipe de Brancaleone, tan jóven, tan universalmente adorado, puso en conmoción no solamente á la aristocrácia napolitana; sino que todas las clases de la sociedad se indignaron profundamente. Fue llorado por todo el mundo; un grito de venganza unánime se elevó por todas partes contra el asesino. El proceso se instruyó con una rapidez terrible. Los magistrados llamados por su oficio á conocer en aquel deplorable negocio, manifestaron una integridad intachable. Ninguna consideracion estraña á su deber, ni aun al respeto debido á una familia tan noble i poderosa, pudieron cambiar la convicción de sus conciencias. La historia ha conservado los detalles de aquel memorable proceso i no tiene dificultad alguna en la reprehension que hacer á los honreres sino á la imperfeccion de las leyes humanas. La apariencia era fatal negativa que el jenio del mal dá sin cesar en la tierra, á la verdad, presentó en contra del pescador las pruebas mas evidentes. Trespelo en quien el temor había disipado todos los escrúpulos, fué interrogado primero en calidad de íntimo confidente del jóven príncipe, declaró con un descaro imperturbable, que deseando su ilustre señor libertarse por algunos dias de las importunidades de una dama jóven, cuya pasion comenzaba á molestarlo había resuelto ausentarse por poco tiempo acompañado de tres ó cuatro de sus criados mas fieles i que el declarante habia adoptado el disfraz de peregrino, por no revelar á los pescadores el incógnito de su esculencia, pues ellos no habrían dejado de molestar con sus solicitudes á un personaje tan poderoso.

Otros dos testigos que se habian encontrado por casualidad sobre la colina en el momento del crimen, confirmaron con sus declaraciones la falsa deposicion del camarero, ocultos entre los árboles habian visto á Gabriel arrojarse sobre el príncipe i habian oido al mismo tiempo las palabras del moribundo, que llamaba en su socorro.

Todos los testigos, tratando de hacer sus declaraciones favorables agravaron mas la posicion del pescador, así fué que la instruccion, con su perspicacia habitual i su infalible certidumbre concluyó, que el príncipe Eliji de Brancaleone, disgustado momentáneamente de su permanencia en la ciudad, se habia rufujado en la isla de Nísida, para consagrarse tranquilamente al placer de la pesca, que habia sido, decian su diversion favorita i que una vez en la isla, Gabriel habia podido reconocerlo, con motivo de haber venido pocos dias ántes á acompañar á su hermana á la procesion.

En el dia que precedió á la noche del crimen, se habia notado la ausencia de Gabriel i la inquietud de su padre i de su hermana. Acia la tarde de aquel mismo dia el príncipe habia despedido á sus criados, para salir solo, segun su costumbre, á pasearse por la orilla del mar. Sorprendido por la tempestad i no conociendo los caminos de la isla habia dado algunas vueltas en derredor de la casa de Salomon, con el fin de buscar un refugio; entónces Gabriel alentado por las tinieblas i el ruido de la tempestad, que debia cubrir los gritos de su víctima, despues de una larga incertidumbre se habia resuelto á consumar el crimen, i con tal objeto habia hecho dos tiros sobre el desgraciado jóven, i que no logrando herirlo, lo habia muerto á hachazos, enfin, en el momento en que ayudado de Salomon iba á arrojar el cadáver á la mar, habian llegado los criados del príncipe, que Salomon i su hijo habian subido precipitadamente al cuarto de la jóven i allí habian inventado una fábula inverosímil, poniéndose de rodillas delante de la Virgen con el objeto de engañar á la justicia.

Todas las circunstancias que el pobre Salomon invocaba en favor de su hijo, eran otras tantas pruebas contra él. La escala encontrada en la ventana de Nísida, pertenecía al pescador: el puñal que el príncipe llevaba siempre para su defensa personal le habia sido evidente-

mente robado despues de su muerte, i Gabriel se habia apresurado á romperlo, para hacer desaparecer las ceñias del crimen.

No dieron ninguna importancia al testimonio de Bastiano que para destruir la premeditacion afirmaba que el acusado, no se habia separado de él sino al momento en que la tempestad comenzaba en la isla: primero, Bastiano era conocido por ser íntimo amigo de Gabriel i apasionado pretendiente de su hermana, i en seguida, á la misma hora en que él afirmaba haber estado en los alrededores de Nísida, se le habia visto llegar á la torre.

En cuanto á los amores del príncipe con la pobre aldeana, fué una acusacion, desechada como ridicula por los jueces, sobre todo la resistencia atribuida á la jóven, i á los medios extremos á que el príncipe habia tenido que recurrir para vencer la virtud de Nísida. Eliji de Brancaleone era tan bello, i tan seductor, como impacible en medio de sus sucesos, jamas se habia sospechado que usase de violencia sino para descartarse de sus amadas. En fin una prueba terrible i sin replica echaba por tierra todos los argumentos de la defensa i era haberse encontrado sobre la cama del pescador, una bolsa con las armas del Brancaleone, que el príncipe habia lanzado,—si nuestros lectores recuerdan, como último insulto á los piés de Gabriel.

El anciano no desesperó delante de esta multitud de pruebas falsas; despues de las defensas de los abogados cuya ruinosa elocuencia habia comprado á peso de oro, defendió el mismo á su hijo, pronunció su discurso con tanta verdad, tanta pasion i tantas lágrimas que el auditorio entero se conmovió i tres jueces votaron por la absolucion; pero le faltó la mayoría, i fué pronunciada la sentencia fatal. La noticia se estendió bien pronto por la pequeña isla causando una desesperacion profunda. Los pescadores, que, á la primara erupcion de la fuerza armada se habian le-

vantado en masa para defender la causa de su camarada, inclinaban la frente sin murmurar ante la omnipotencia de la cosa juzgada.

Salomon recibió sin temblar el golpe que le partía el corazón. Ni aun un solo suspiro se escapó de su pecho, ni una sola lágrima humedeció sus párpados; su herida no echaba sangre. Desde el día del arresto de su hijo, había vendido todo lo que poseía en el mundo, hasta la pequeña Cruz de plata, que le había legado su mujer al morir; el collar de perlas que lisonjeaba el orgullo paternal, perdiendo su blancura en el cuello de su Nísida; había cosido las piezas de oro que sacó de la venta de sus efectos, en el forro de su bonete de lana burda, i se había instalado en la capital, sin mas alimento que el pedacito de pan que le daba la piedad. Los pasajeros, dormían en los altozanos de las iglesias ó en los zaguanes de las casas de los magistrados. Para apreciar en su justo valor el alma heroica de aquel infortunado padre, es necesario echar una mirada á la estension de su inmensa desgracia.

La muerte de su hijo no era el solo pesar que desgarraba aquel corazón de mártir. Debilitado por el sufrimiento i la edad, veía con una calma solemne el momento terrible en el que su hijo le precedería pocos días á la tumba. Su mayor pesar era la vergüenza que cubría á su familia.

El primer cadaizo levantado en aquella isla de costumbres tan puras, de una virtud tan austera, de una pobreza tan honrosa, se elevaba para Gabriel i aquella pena ignominiosa, desconsolaba la poblacion entera, marcándola en la frente con el primer sello de infamia.

Por una transicion dolorosa pero mui comun en los destinos humanos, el pobre padre había llegado á desear aquellos momentos de peligro, que ántes lo hacían temblar, aquellos momentos en que su hijo hubiera podido morir noblemente; pero todo se había perdido. Una vida entera de trabajos; de abnegacion i de

beneficios. Una reputacion pura i sin mancha, que se estendia mas allá del golpe en países lejanos, una admiracion tradicional de muchas jeneraciones que casi era un culto; todo esto no había servido sino, para cabar mas profundamente el abismo en el que el pescador había caído de un solo golpe de lo alto de su real grandeza. El prestigio, aquella aureola divina, sin la cual nada es respetado acá en la tierra había desaparecido. Nadie se atrevía á defender al desgraciado, su nombre iba á ser dentro de poco pronunciado con horror, i Nísida, la pobre huérfana, no sería para todo el mundo sino la hermana de un criminal.

Cuando hubieron trascurrido todos los términos i los esfuerzos de Salomon fueron infructuosos viendolo sonreír estrañamente como bajo el peso de una idea fija, se decía en la ciudad, que el anciano había perdido la razon.

Gabriel vió con serenidad la aurora de su último día. La noche anterior había dormido profundamente; i se despertó lleno de contento; un brillante rayo de sol penetrando por la ventana vino á aclarar su calabozo; la brisa del otoño revoloteando en derredor de él acariciaba su frente con una deliciosa frescura i mesía su larga cabellera. El carcelero que lo había tratado siempre con dulzura admirado de aquella estraña alegría, dado un momento en anunciarle la visita del cura, temiendo arrancarlo de su agradable meditacion. Gabriel recibió aquella noticia con alegría estuvo dos horas largas con el buen sacerdote vertiendo ardientes lágrimas, al momento de la última absolucion.

El cura salió llorando de la prision, i dijo en alta voz que en su vida había visto una alma mas bella, mas pura, ni mas llena de resignacion i de valor.

Una emosion consoladora se había apoderado de Gabriel al tiempo que su hermana entró. Desde el día en que la habían levantado privada del cuarto en donde su hermano había sido arrestado, la pobre jóven refugiada en la casa